

por una fuerza incontenible. No sabe lo que está haciendo pero lo hace, y algo queda en él.

Cuando doy conferencias organizadas por peñas taurinas, ante un público de aficionados, éstos quedan muy sorprendidos e incluso se irritan cuando escuchan mis explicaciones en clave esotérica y junguiana. Este fenómeno siempre me ha llamado la atención, pues considero que cabe ir a los toros para divertirse y, sin saberlo, asistir a una misa. Nunca he alcanzado a explicarme el porqué de estas reacciones. Por otro lado, son muchos los peligros que se ciernen sobre esa dimensión de la lidia. Confieso que, como espectador taurino, estoy cansado de tanta frivolidad, y sobran ejemplos al respecto. He jurado, y mantendré este juramento, que yo no pisaré nunca una plaza que esté cubierta. Eso es un sinsentido, porque la corrida de toros es una fiesta solar. El color dorado de la tierra del albero reproduce el color del sol en el crepúsculo. Y una de las funciones principales del matador consiste en derramar la sangre del animal más fuerte, el toro, y así devolver a la tierra (simbólicamente el mapamundi) la vida, la energía, la fuerza que está desapareciendo al caer el sol. Desde el punto de vista de una persona que cree, investiga y siente estas cosas como yo, ir a una plaza cubierta es un absoluto disparate, tan absurdo como acudir a una corrida matutina o nocturna, fuera de hora. Porque la corrida de toros debe hacerse cuando el sol comienza a descender. Desde este punto de vista, estamos acosados por todas partes. La fiesta no puede mezclarse con nada, ha de mantenerse pura en sí misma. Por desgracia, ahora construyen plazas repletas de tiendas y bares, empleadas en invierno para celebrar conciertos o combates de boxeo. A no dudarlo, estamos ante un puro dislate.

No obstante, son tantas las personas que militan conmigo en estas filas que yo no siento todavía el olor del enemigo. Vivo rodeado de gente a la cual le gustan los toros, como sucede con mi familia. También es verdad que en los círculos esotéricos y conservacionistas que frecuento se alzan voces de sorpresa, manifestando la contradicción aparente de mi discurso, pues me gustan los toros y al tiempo me siento partícipe de las doctrinas de la llamada Nueva Era. Sin embargo, cuando yo explico esa contradicción, como lo he hecho en numerosas conferencias y cursos, la gente siempre me ha entendido. Por lo pronto, no comprendo cómo los ecologistas pueden estar en contra de una fiesta gracias a la cual se han salvado extensos territorios de la agresión industrial. En buena medida, el ecosistema de la dehesa sobrevive gracias a la ganadería brava. No entiendo cómo se puede discutir la lidia desde un punto de vista ecológico cuando se han salvado de la destrucción tantas dehesas y marismas. Lo considero un despropósito y estoy convencido de que, antes o después, los ecologistas se darán cuenta

de que no existe contradicción entre su mensaje y la defensa del toro, un ser que pervive gracias a la fiesta que protagoniza. Todos sabemos que el toro de lidia es una creación artificial, procedente del uro, ya desaparecido. Se trata del animal más hermoso que existe, mimado, criado y perfeccionado mediante el cruce de sangres. El toro existe porque se celebran corridas de toros y no al revés, y además de su interés ecológico, proporciona trabajo a mucha gente.

En gran medida, lo que simboliza el toro bravo es un mundo arcaico, perdido, un mundo basado en el principio del ser frente al tener. Substancialmente, el mundo de los toros es eso. Cuando estás delante de un astado no hay bromas: eres. No tienes. Eres, o si no, desapareces. En la actualidad no ocurre así. Ahora también se empieza a juzgar al torero por el número de corridas que torea al año, por el número de trofeos que consigue. Es la irrupción del mercado en el seno de la fiesta. Y es que, a diferencia de lo que sucedía en el mundo antiguo, el mundo moderno está fundamentado en el tener.

Con todo, fuerza es reconocer que el fenómeno taurico no se circunscribe exclusivamente a lo que pasa en el redondel. La fiera de lidia participa en innumerables festejos populares, y su pretendido confinamiento dentro de las plazas es algo que arranca de los Borbones y la Ilustración. Esa polémica entre castizos e ilustrados detectable en el siglo XVIII es relativa, pues los castizos eran ilustrados y los ilustrados eran castizos. De hecho, a los afrancesados les gustaba mucho la fiesta de los toros, pero eso sí, pretendían europeizarla, someterla a razón. No querían que fuese una especie de *happening*, una gran fiesta anarquista celebrada en las calles. Decidieron entonces recluirla dentro de las plazas y fue, poco a poco, creándose el reglamento taurino. En otras palabras, se militarizó la fiesta, se organizó incluso a toque de corneta, a toque de clarín, porque a los sectores respetables de la sociedad les daba miedo esa bomba de relojería permanentemente enarbolada que era la fiesta de los toros en la calle. La encerraron, y lo que hoy llamamos fiesta es, en definitiva, esto y nada más que esto. Una fiesta militarizada, recluida, aprisionada.

Sólo sobrevive el antiguo y profundo espíritu de la celebración toresca en los encierros, donde la gente pierde la compostura, se enciende y participa del desenfreno. Ahí no existe mezcla de arte, deporte, espectáculo, dinero o prensa del corazón. Sin embargo, la americanización creciente que estamos sufriendo supone un serio peligro para estas usanzas. Ya se sabe que uno de los ingredientes clave del *american way of life* es lo jurídico, los picapleitos, las demandas por daños y perjuicios. Resulta entonces que si a un chaval le dan un *tantarantán* durante el encierro y sale magullado, demanda al ayuntamiento de turno y le solicita una punta de millones.

Como la autoridad municipal no puede pagar esa cantidad, opta por prohibir los encierros o someterlos tanto a norma que pierden su verdadera naturaleza. Dicho en términos más concretos: no hay nada más ajeno a la tauromaquia que el *american way of life*.

Pero la reciente evolución de la lidia delata otros riesgos. Ha desaparecido la figura del torero de cartel, quien era torero dentro y fuera de la plaza, llevaba coleta y era la encarnación del héroe en la sociedad española. El matador ahora viaja en avión, cuando antes iba por los pueblos en un viejo coche negro, con la cuadrilla entera. Ciertamente, un lidiador moderno podría protagonizar una novela, pero seguir en la actualidad a este personaje es como seguir a un futbolista o un banquero. También ha desaparecido la mayor parte de las tabernas y los restaurantes taurinos, esa parafernalia sensual que, en todos los sentidos, rodeaba a la fiesta y convertía lo toreril en materia novelesca.

Mi militancia taurina como escritor tiene que ver con el carácter autobiográfico de mi producción literaria. En la primera novela que escribí, *Eldorado*, hay todo un capítulo dedicado a describir una corrida de toros en Málaga. El toro viene a ser el hilo conductor del ensayo *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. El libro *Volapié. Toros y tauromagia* es una miscelánea que reúne cuanto he escrito sobre toros. Y otro título de inspiración taurina, *El mundo por montera* (correspondiente a un programa de radio luego llevado a la televisión), será asimismo el nombre del volumen en el cual recogeré toda mi obra sobre viajes. Al fin y al cabo, no soy un escritor de géneros claros. No me gustan las fronteras. Cuando escribo novelas, son novelas de ideas, autobiográficas, y cuando escribo ensayos, son muy novelescos y también autobiográficos.

La taurofilia creció en mí por tres caminos paralelos. Primero, el contacto con el toro en las dehesas, las vaguadas y los encierros (en Soria he corrido el toro desde niño y lo sigo haciendo.) En segundo lugar, como asistente a las plazas de toros. Y tercero, a través de la literatura. Yo siempre fui un niño letraherido y empecé a leer desde muy pequeño a Ernest Hemingway, Henri de Montherlant y otros grandes autores que han escrito sobre la lidia. Quedé tan cautivado por ellos que en cierto modo llegué a pensar, cuando era adolescente, que para ser un gran escritor había que ser aficionado a la fiesta. Y en la medida en que Hemingway o Montherlant era para mí escritores modélicos, yo los imitaba.

Secretos son los caminos del Señor: yo llegué a los toros en gran medida por la cultura. Esa es la razón por la cual me resulta muy difícil deslindar ambos campos. Porque para mí, los toros son literatura y la literatura son toros.